

ÁRBOLES DE MADERA CARCOMIDA

Supo que todo había terminado la primera vez que él falló.

Su puntería era legendaria y, sin embargo, antes de ese día, ella nunca había podido dejar de temer las líneas aceradas de sus cuchillos, el silbido rápido de la hoja que cae y desgarrar un hombro; la piel siempre bronceada, ya fuera invierno, ya fuera verano, a la espera de la navaja que acaricia y rompe.

Así era cada noche, aunque acabara finalmente entre ovaciones, incólume, sin un rasguño, con el vestido centelleante, como una diosa aclamada.

Pero siempre había un antes, un instante en el que su cuerpo se volvía pesado por el miedo.

Entonces temblaba y sudaba y le pasaba por delante de los ojos la imagen de uno de esos trasatlánticos poderosos que dicen que están armados y contruidos para sortear bancos de niebla en los mares del norte.

Barcos con una perfecta línea de flotación y que, no obstante, un día llega en que chocan contra un iceberg.

Para ella el hundimiento no sería inesperado.

La sospecha de que algo iba mal llevaba meses haciéndose un hueco en su corazón; este corazón que ahora sentía repleto de telarañas.

Era un hueco enmarañado en donde antes anidaban las emociones más intensas.

Pensaba que él ya no la quería y que no tardaría en matarla.

Al principio sintió miedo. Pero, aquel rebullir que no la dejaba jamás pensar con la cabeza fría, había acabado por dar paso a una inconfundible indiferencia.

Se sentía de más en aquella relación pero no era la única...

El hombre de los nervios de acero había salido esa noche con su uniforme de rigor, la camiseta ajustada como un guante; de negro, de la cabeza a los pies.

Ser lanzador de cuchillos no era una profesión común. Tampoco Sirius era un hombre corriente.

Había alguien muy distinto a los demás debajo de su cuerpo sólido, detrás de los músculos que trabajaba con dureza; en el otro lado de esos días en los que la disciplina de hierro y mantenerse diestro eran el norte de todos los impulsos.

Antes de ser artista de circo, Sirius era escritor. O mejor dicho, quería serlo.

¿Quién no lo recuerda adulando a posibles lectores por el bar de la universidad? ¿Quién no lo vio alguna vez persiguiendo versos en los márgenes de alguna fotocopia? Tenía una letra diminuta que enseguida negaba con un borrón, con una tachadura enérgica. Le gustaba estar solo, buscar algún rincón cerca de las ventanas y ponerse a la tarea de pescar palabras. Y entonces, al pobre Sirius, se le antojaba que, con esas migajas de tiempo perdido, podría llegar a componer su gran obra.

En aquellos días, Sirius, naturalmente tenía un nombre bastante común.

Extrañó y mucho que no hiciera sino salir de la universidad y colgara su título.

– No pienso presentarme a las oposiciones. No he nacido para agotarme intentando meter ideas en tres cabezas huecas- le dijo; que no entraba dentro de sus planes ser profesor de griego como lo era su padre.

No deseaba tampoco seguir los pasos de tantos escritores que admirara pero que, en un punto de sus vidas, se habían conformado con la quietud,

con la imaginación como forma extrema de vengarse de las precarias experiencias que les ofrecía la vida.

Sirius la quería y por eso la incluyó en su aventura. Por eso también prefería pasar las horas con ella contándole tantas historias prodigiosas como sabía. Por ejemplo, la de los patos marinos de Irlanda.

En la Edad Media se creía que este ave, llamado también la barnacla, nacía de la madera, concretamente de los árboles muertos.

Se interesó por este enigma, le explicaba Sirius, un rey singular, que fue Federico II: monarca de Sicilia y emperador del Sacro Imperio Romano, en el siglo XIII.

- Federico organiza y costea una expedición en busca de la maravillosa madera de la que nace el pato. Los expedicionarios se la traen y él la estudia pero no encuentra indicio alguno de vida salvaje y animal; nada que indique que podría brotar un atisbo de vida de un trozo de árbol carcomido.

El pato marino de Irlanda dará también pie a ingeniosas maneras de burlar el ayuno que las normas de la Iglesia imponen.

Cuando llegaba la cuaresma había quien lo cocinaba con la excusa de que no era carne sino pez.

Pez o pato, la barnacla era el mito preferido de Sirius.

El día en que arrojó los cuchillos sobre ella y falló y le rasgó el vestido, sintió una quemadura en el hombro.

Naturalmente, Anuska no pensó en los viejos árboles de madera de Irlanda, capaces de hacer que la vida siga.

Antes de caer desvanecida, más por la impresión que por los daños, buscó entre los rostros borrosos que la miraban alguno que le diera una pista.

Del arañazo, cerca del fulgor de lentejuelas de su vestido de trabajo, empezó a brotar aquel líquido espeso que no parecía sangre sino melaza de drago. Gotas insolentes que hicieron que el rugido de la grada (los espectadores del circo) creciera en vez de acallarse.

La sangre es escandalosa, dijo en una ocasión la madre de Anuska. Ella era aún una niña y jugando en la cocina se había seccionado el dedo índice.

Entonces también se cayó redonda al suelo. Una cortina de ningún color, como ahora, se le puso delante de los ojos.

La noche del circo no quiso levantar el velo,

ni mirar a quienes la transportaban hasta la roulotte porque, pese a todo, pese a la indiferencia y a las telarañas que sentía en el corazón, aquel silencio, la ausencia de la voz de Sirius, la hería en lo más hondo.

Le hicieron una cura, le dieron un calmante suave y le recomendaron reposo. Pero cuando se quedó sola, hizo esfuerzos por no quedarse dormida porque pensó que lo mejor sería empaquetar sus cosas y marcharse sin despedirse de Sirius.

Y así lo hizo y, cuando avanzaba entre la oscuridad de la noche, vio a Casandra, como siempre, practicando vaticinios en su bola de cristal, leyendo dramas que todavía no estaban escritos.

Más allá, la familia de los Héctor, los tres hermanos saltimbanquis, intentando el triple salto mortal.

Y la pobre Anuska, le entra miedo. No de lo que acaba de ocurrir o de lo que podría suceder en este mismo instante si Sirius la pillara huyendo. Se asusta porque le parece que de repente podría, como si fuera Casandra, ver delante de sus ojos cosas que a los mortales no les es dado saber; identidades, que se confunden y que se cruzan. La vida natural que se invierte.

Sabe que otra estará mañana delante de los cuchillos de Sirius y algo oscuro e inexplicable le sugiere que cualquier día, el año próximo o la semana que viene, el lanzador diestro volverá a fallar. O por el contrario, apuntará, con mucho tino, al corazón como nido de pájaros de su nueva amada.

Pasa también por delante de la caravana de Hércules y Salomé, la pareja de forzudos, y de repente le acometen unos intensos celos. Duda de ella.

- ¿Por qué te has enamorado de Salomé?, le reprocha en voz alta sabiendo que Sirius no está allí y que, además, aquello no es una certeza, tan solo una idea caprichosa, una probabilidad de entre un millón.

Basta de tonterías, es hora de salir de aquí, se ordena y, cuando quiere apresurar el paso, nota que no puede.

Le empieza a ganar una inmovilidad de cedro.

- Es ese calmante que me han dado- se tranquiliza.

Da un paso y luego otro pero, al tercero, parece como si sus pies se hundieran en la tierra.

Y cosa extraña, se siente muy feliz cuando nota que las hojas retallan; que nudosas ramas le crecen en los dedos.

POÉTICA

Creía Yeats que, de las luchas y de las disputas con nosotros mismos, surge la poesía. Yo definiendo el poema que llega y se nos planta delante de nuestros ojos como un misterio; por eso me fascinan siempre los que son cortísimos y resultan herméticos. Parece que encerraran una cierta clase de Verdad Necesaria. Son todas esas palabras que se nos antojan enigmas que debemos traducir para entrar en Tebas. Igual que Edipo hacia su destino fatal.

Quiere esto decir que creo en la poesía que ahonda en el conocimiento. Pero en materia de escritura, como en materia de vida, me coloco siempre en lugares fronterizos. Busco y persigo la emoción; un lenguaje que sea directo, despojado de artificios, en

donde el verso se mueva libremente sin más truco ni más sometimiento que el de su propia música, su levísimo ritmo interior.

Me gusta hacer de la literatura, literatura. Y de las experiencias ajenas, mi voz propia.

La cercanía y la autenticidad que cabe encontrar detrás del "yo que escribe" convierten en verdadero lo narrado, aunque, en muchas ocasiones, no haya voluntad de confesión.

En prosa y en poesía me gusta, con frecuencia, vivir en la piel de otras vidas como si fueran la propia.

Y sea cual sea la situación, no puedo, o no quiero, evitar ese alto sentido del sarcasmo que, más finamente, se define como ironía.

Genealogías



Vengo de un árbol
que ha debido cambiar
de nombre para no detenerse.
Nogal, abedul, castaño...
he tenido que tomar la forma
de los campos abiertos
y los caminos.
Nunca quise padecer
la rabia de los vencidos,
el hacha de los coleccionistas
de troncos.

He mentido, me he hecho el muerto,
he llenado el aire de manzanas
y de aromas densos.

Debajo de alguna encina,
junto a ciertos pozos, en las encrucijadas
que asaltan siempre a los peregrinos...
En todos esos sitios
enterré mis libros, la comprometedora
herejía.
Ahora me parezco a todos,
a uno de los vuestros.

Por las noches de humo
que no nos pertenecen,
te rastreo y te busco.

Extranjero con piel de ceniza,
yo te miraba
y sentía el asombro en tus ojos
porque no me entendías.

Hay amores que duran dos segundos.
Vehemente amor que no precisa nada.
Apenas deslizar los dedos
por la más secreta de tus desdichas.

Una danza del sábado (Invierno)

Sal a cazar, oh diosa.
Te espera un bosque
de jóvenes sin sueño.
Los encontrarás desprevenidos,
(columna pálida
sin estrategias a mano)
todo lo más
un vaso de ron,
una cerveza;
efluvios de alcohol
que les derramará
una nube de sueños
sobre el rostro;
el rictus alegre
que a ti te apremia tanto.
En sus mansos corazones de cera
podrás hundir ahora
tus afiladas uñas;
tus dedos sagaces
de madre de todas las brujas.
Pero no te apresures en exceso,
deja que hiele un poco,
que suba en espiral hasta el cielo
la espesa humareda de voces;
la oculta madrugada.
Parece que quisieran
(ellos, los oficiantes)
que la danza del amor
durara siempre,
sentirse príncipes,
poseer la tierra, y, con ella,
sus escondrijos más secretos.
No saben que esta noche,
-siempre-
tú eres la más poderosa.
No quieren saberlo,
y por eso beben.
Celebran la vida
como si hubieran de ser
eternos.

Venga, sal a cazar,
odiosa.....

“Cuando volvemos a casa al amanecer furiosos y tambaleantes”
C.C.

En el espejo te mira.
El desconocido con sus ojos de vidrio,
con su boca de asombro.

En el cuarto de baño ya no estás solo.
Caminas inseguro como quien se acerca
al umbral de un reino
adormecido
-la casa del hombre de arena-
El sueño te vence con palmaditas
ebrias.

Después vas a gemir como un niño,
arrugarás las sábanas,
darás vueltas sin sosiego, sin concierto,
sin lógica alguna.

Estás muy lejos de aquel tiempo de madera
en el que jugabas a ser el señor de la lluvia;
el ganador de todas las apuestas.

El vampiro de Polidori (Una primavera extraña)

1

Los ojos grises
y apagados;
la palidez
extrema.

Era
como si no los viese

2

Totalmente ensimismado;
Como el héroe de una novela.

Buscaba los centros de todos
los vicios.
Porque en él residía un poder
maligno.

3 La posible víctima

Era hermosa. Sí.
El cuello blanco
como la espuma en la roca;
como los mares de Grecia.
Y los labios, sonrosados
igual que pulpa.

Hablaba con tino.
Con un dulce compás.
La voz subía y bajaba,
envolvía de forma tan suave
como un ligero
trago de
éter.

Pero impresionaba,
sobre todo,
su inteligencia.
Un talento agudo
como las aristas
de los diamantes.

¿Quién podría pensar
que pertenecía
a la insulsa grey
de quienes carecen de
alma?

4

La luna
tenía ese polvo de azufre;
y las nubes,
tan negras
como la capa
que por la noche
oculta
a los asesinos.

De pronto se hizo
oscuro

El crepúsculo
es casi
desconocido
en los climas
meridionales.

5

Se resistió
como
pudo.
Decidió
vender
su vida
lo
más
caro
posible.

6

Pero hubo
También
otra víctima:
la hermana
inocente
que
cayó
sin tiempo
de conocer
a qué saben
los besos
de vino
blanco.

7

Toda la tierra,
ahora,
es su guarida.

Cierra la ventana.
No dejes tu
yugular abierta.
Más, si eres joven
o hermosa.
Si te corren
por las venas
azules torrentes.

Dicen que no tiene edad.
Que no conoce el descanso.
Lo Eterno.